

● "La llanura", de José Martín Recuerda: 35 años de actualidad

Conoci «La llanura», hace años, a través de la narración, tan minuciosa como apasionada, que de ella y de las circunstancias de creación y estreno me hizo su autor. De la historia llegó a mí, lo he contado (1), un signo inconfundible, una huella de claridad que conectaba sus sucesos con las tragedias de Hécuba; de las segundas, un anecdotario dramático —reconocible en muchas gentes y lugares españoles de posguerra—, los miedos de un escritor a si su trasposición escénica era acertada —el teatro español de los años cuarenta carecía de puntos de contacto con la realidad social—, la habitual intolerancia de la censura administrativa y académica —la obra se estrenó por el T. E. U. de Granada— y el silencio y casi olvido —salvo entre gentes vinculadas al teatro o, más bien, al autor— que ha acompañado a la obra hasta su reciente edición granadina.

Estos datos complementarios a la exposición de la trama argumental de «La llanura», por Martín Recuerda, influyeron de forma decisiva en mí en el momento de la primera lectura. Teníamos tantos deseos de que los problemas diarios, los dramas de bajo tejas, los conflictos ciudadanos, o las angustias individuales, propiciados y agravados por la situación política se reflejaran en las manifestaciones artísticas que el encuentro con su huella nos cegaba sin dejar pasar a más, o evitando otras consideraciones que no fueran las meramente éticas.

Si la obra de Martín Recuerda fuera tan sólo la dramatización de un hecho real (el fusilamiento de un hombre arrancado al alba de su casa durante la guerra civil, la ausencia de un destino conocido para su cadáver, la angustia

de su joven esposa que ve mutilada su vida con la ausencia del amado, su enajenación por «comprender», su necesidad de saber «dónde...»), estaríamos tan sólo ante un texto de «circunstancias», quizás véraz, con la grosera y dudosa objetividad del documental, pero nada más. Nada que no pueda ser ofertado por una buena crónica negra periodística. Pero el teatro, claro, nunca es sólo eso.

Y la grandeza de «La llanura», su categoría dramática, deviene, precisamente, de su atemporalidad, de que el carnet de identidad de sus personajes no está cifrado en la España que quedó de la guerra civil. Los personajes de «La llanura» actúan, sufren, sueñan o angustian, de acuerdo a unas líneas que traza la condición humana, pero no un marco de tiempo y lugar.

Contada por Martín Re-

cuerda, «La llanura» trajo hasta mí el recuerdo de Hécuba, eco que volví a encontrar en mis lecturas «despolitizadas»; no era que Recuerda hubiera actualizado la tragedia, a la manera de un Jean Anouilh, por ejemplo, haciendo de Granada una Troya arrasada y de la joven viuda albaicinerana una Hécuba andaluza. Esto hubiera sido un elegante ejercicio dramático, en ese modo de Anouilh o Girardoux, pero no un drama.

Vivimos inmersos en un mundo excesivamente caótico e injusto para permanecer insensibles a los dramas humanos. Un día unos muchachos salen de sus casas de fin de semana y vuelven a ellas cadáveres y con un historial de terroristas y homosexuales a sus espaldas. ¿Qué piensan sus madres, sus novias, sus amigos? Almería es tan sólo un botón de muestra. ¿Cuántos abusos de poder, incultura y barbarie se esconden detrás de hechos como ése? El último Festival de Cine de Cannes presentaba el filme del polémico Costa Gavras «Missing»; su anécdota similar a la de «La llanura»: la historia de Charles Horman, periodista norteamericano, de treinta y un años, desaparecido en los días que siguieron al golpe de estado de Pinochet. Su joven esposa y su padre buscan las razones de la desapa-

ción. «¿Dónde? ¿Dónde?» Sobre sus propósitos ha explicitado Costa Gavras. «No estoy hablando de los países del Este, en los que sabemos más o menos, a veces claramente, qué es lo que ocurre en campos de concentración. Conocemos la situación. Ahora hablamos al bloque Occidental, de cuya libertad nos mostramos tan orgullosos llamándole el Mundo Libre. ¿Dónde está la libertad en Chile? Y estamos apoyando y aceptando a Chile. No sólo América, sino otros países, incluso gente y políticos franceses. Lo mismo con Argentina... Dicen que 15.000 personas desaparecieron en Argentina, y el Gobierno dice que no sabe dónde están.»

«La llanura» está escrita en 1947, inmediata a dos guerras feroces, dos sucesos en los que el hombre mostró con exageración lo peor de sí mismo; de los que salió marcado como si una nueva caída, un nuevo pecado original, se tratara. «La llanura» es el primer drama español de la posguerra que se ocupa de estos seres nuevos marcados en su condición por la maximalización del Poder.

Con un esquema estético clásico —de ahí, sin duda, el aire antiguo, el recuerdo de las tragedias de Hécuba—, con un sentido popular del lenguaje hablado inaudito —inaudito incluso hoy cuando se mezclan en

los dramas españoles los vicios del convencionalismo benaventino y el uso de las «malas palabras» de los maleducados—, con una intuición grave de gran dramaturgo en el dibujo y color de tipos —del gran dramaturgo que luego ha demostrado ser Martín Recuerda—, «La llanura» es, sin duda, por la conciencia y consciencia temprana que su autor evidencia, el drama que marca el comienzo de la nueva sensibilidad dramática en el teatro español de la segunda mitad del siglo que sufrimos; y si el mundo del teatro, el de la cultura, el del pueblo y el de la política no fueran ese disparate plurispar que hoy es, «La llanura» así sería reconocida.

Tengo noticia de como desde el año 1979 el grupo teatral El Diván, de Pinos Puente, viene cosechando, en su versión de «La llanura», no ya éxitos, sino auténticos impactos con sus públicos. Las gentes de los pueblos andaluces se encuentran en la obra, distinguen entre otras representaciones donde sólo hay teatro —ha ocurrido recientemente en el Festival de Ronda— y ésta, donde hay auténtica vida dramática. Un ambicioso proyecto de la joven Junta de Andalucía pretende llevar la obra a los más variados rincones de Andalucía. Es un comienzo. Como es «La llanura», a poco que nos fijemos

de lo más saludable del insano teatro español actual, ¡Señores políticos de la cultura, señores del teatro, profesores de venerables Universidades!, el teatro está ahí: en agrupaciones vitalísimas de ciudades y pueblos de España, en textos adelantados y antiguos como el de Recuerda —al que la película de Costa Gavras no hace más que rendir un tributo con la internacionalidad banal y mercantil de la industria del cine—, en gentes ansiosas de perfeccionarse, de mejorarse, con un cuadro, con un libro, con un «primer plano», con una melodía...

El teatro con textos como «La llanura», con espectáculos posibles como el surgible de «La llanura», vuelve a ser, por fin, otra vez, una comunión de intereses humanísticos, un refugio ante la brutalidad ambiental, un ara donde justificar todos los pecados originales y devolver al hombre su puesto en el orden natural, sin la influencia de bastardas apetenencias, con su digna y modesta condición.

Antonio MORALES

(1) Antonio Morales: «La llanura o la conciencia temprana», estudio preliminar a la edición de la obra por la Editorial Don Quijote, de Granada.